

CAPÍTULO II

Dificultades para emprender el viaje.—Martín Alonso Pinzón.—Viajes de Colón.—Sus infortunios y muerte.—Origen del nombre América.

En 17 de Abril de 1492 firmó Colón sus capitulaciones y contrato con los Reyes Católicos en el real de Santa Fe, y se apresuró á ejecutarlo, embargando algunos barcos que estaban en el puerto de Palos y convocando gente para el viaje. Á punto estuvo de fracasar esta empresa, pues no encontraba gente que quisiese acompañarle, temerosa de los peligros desconocidos en aquella inusitada navegación. Todo ello se venció al fin mediante la influencia de un marino de Palos llamado Martín Alonso Pinzón, ayudado por sus dos hermanos, al grado que en principios de Agosto había en el puerto tres carabelas á la orden del ilustre navegante. Colón mandaba la mayor de éstas, llamada *Santa María*; la segunda, la *Pinta*, iba á la orden de Martín Alonso Pinzón, y la tercera, la *Niña*, la regía Vicente Yáñez Pinzón, hermano del anterior.

Memorable fecha es el viernes 3 de Agosto del año 1492, en cuyo día, después de haberse dispuesto como buenos católicos el Almirante y toda la tripulación, salieron de junto á Palos las tres carabelas para realizar uno de los más notables y asombrosos acontecimientos que en la historia de la humanidad se narran.

Tres días después de haberse hecho á la vela (*dice un notable escritor*), arribó Colón á las Canarias, viéndose obligado á detenerse un mes en estas islas para reparar los muchos desperfectos ó averías que habían sufrido las naos, que estaban en tal estado que se consideraba difícil, ya que no imposible, pudiesen resistir una navegación que, á no dudarle, debía de ser tan larga como peligrosa. El 6 de Sep-

tiembre, después de haber embarcado provisiones frescas, emprendió verdaderamente Colón el viaje para descubrir el Nuevo Mundo, haciendo vela al Oeste, abandonando todos los derroteros seguidos hasta entonces por los navegantes, y metiéndose en un mar desconocido.

Las peripecias de este viaje, de todos conocidas, los numerosos peligros que se corrieron, entre los cuales no fué el menor la ignorancia y pusilanimidad de los tripulantes, dan á la figura de Colón una grandeza extraordinaria. La pobre gente se creía perdida en un mar sin límites; lo desconocido la helaba de terror, pidiendo primero y exigiendo después que se volviese atrás. Colón, que á un espíritu insinuante, perseverancia infatigable, y grande imperio sobre sí mismo, reunía el talento de gobernar y dirigir las pasiones de los otros, consolaba unas veces á los marineros reanimando su valor, ora pintándoles con los más brillantes colores las tierras que iban á descubrir, ora la fama y las riquezas que iban á adquirir; en otras ocasiones, tomaba el tono de autoridad y les amenazaba con la indignación de sus soberanos si por su cobarde conducta se desgraciase una empresa tan noble, cuyo objeto era extender la gloria de Dios y ensalzar el nombre español sobre el de todas las naciones de la tierra. Sin embargo, los mil incidentes que á cada paso prometían encontrar tierras salían falsos, y el desaliento y desesperación de los navegantes aumentaba por momentos; la deseada Cipango de Marco Polo sólo aparecía en el mapa adicionado continuamente por Colón; se habían recorrido muchas más de las 750 leguas que había calculado eran necesarias para llegar á ella, sin que se distinguiese ninguna ribera. Al fin, á las diez de la noche del 11 de Octubre, Colón, que estaba sobre el castillo de proa, observó á cierta distancia, é hizo observar á sus compañeros, una luz que estaba en movimiento como si fuese llevada de una parte á otra. ¡Humilde faro que anunciaba la presencia de un nuevo continente!

Á las dos de la madrugada del 12, Rodrigo de Triana, marino de la *Pinta*, que navegaba siempre á la cabeza de la pequeña flota, dió el ansiado grito de ¡tierra, tierra!, sin que se le diese mucho crédito á causa de haber sido engañados ya muchas veces por las apariencias. Esperóse la llegada del día con la agitación que producen la inquietud y la impaciencia, y al rayar la aurora se distinguió claramente á dos leguas al Norte una isla resplandeciente de verdura. Entonóse el *Tedéum* por la tropa, que, con lágrimas de gozo y con todas las señales del arrepentimiento más sincero, se postró ante Colón pidiendo les perdonase su ignorancia, su incredulidad y su insolencia.

Al salir el sol se echaron al agua las chalupas, y Colón, vestido de gala, empuñando con una de sus manos el estandarte real y con la otra su espada, desembarcó el primero, se arrodilló y besó la tierra, de la que tomó posesión en nombre de la corona de Castilla y de León. Los naturales, llenos de temor á la vez que de asombro, miraban en silencio todas aquellas para ellos ininteligibles ceremonias, sin prever lo que desde aquel momento había comenzado para su país.

Les obsequió Colón con cuentas de vidrio, bonetes colorados y otras bujerías, y ellos correspondieron llevando á los navíos papagayos, hilo y algodón y azagayas. Preguntados por si tenían oro, respondieron que «yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, allí había un rey que tenía grandes vasos de ello y tenía muy mucho.»

Colón dió á esta isla el nombre de *San Salvador*, aunque es más conocida con el de *Guanahani* que le dieron los naturales: era una de las Lucayas, rodeada de las innumerables islas del banco de Bahama que Colón pensaba eran las 7.488 indicadas por Marco Polo. Siguiendo las indicaciones de los isleños, determinó dirigir su rumbo hacia el Sur, no dudando encontrar el país del oro y de las especias, la India, su constante preocupación. Descubrió varias islas, to-

mando tierra en tres de ellas, á las cuales dió los nombres de *Santa María de la Concepción*, *Fernando é Isabel*; en ellas se le indicó por los insulares que el oro lo traían igualmente del Sur. Siguiendo de nuevo esa dirección, descubrió muy pronto un país tan extenso que dudó si sería continente ó isla; los habitantes de San Salvador, que iban á bordo de sus buques, le dijeron llamarse *Cuba*, y Colón le dió el nombre de *Juana*. Su magnífica vegetación, sus flores, sus frutos y sus aves de brillantes colores hirieron tan vivamente su imaginación, que le llevaron hasta el punto de asegurar á los Reyes Católicos que era aquel el país más hermoso que jamás vieron los ojos humanos, en el que quisiera vivir eternamente, y en el que no se concebía ni el dolor ni la muerte. Reconocido lo interior del país por los españoles, observaron que el terreno estaba cultivado en muchos puntos y con más perfección que en las islas hasta entonces descubiertas; encontraron muchas chozas esparcidas, y además una población en la que moraban más de mil habitantes, que si bien iban desnudos como los de San Salvador, y los recibieron con el respeto y temor que aquéllos, parecían tener bastante más inteligencia. Hicieron entender á Colón que el oro que les servía de adornos se encontraba en *Cubanacán*, ó sea el interior de Cuba, lo que dió lugar á que aquél, ignorante de su idioma, poco acostumbrado á su pronunciación, y sobre todo alucinado por la idea que tenía formada sobre la situación de las Indias, supusiera que le hablaban del *gran Kan*, y que por lo mismo no debía distar mucho el reino de *Cathay* descrito por Marco Polo.

No se halló tampoco en la isla de Cuba oro en cantidad bastante á satisfacer la codicia de los españoles, indicando á éstos los cubanos, como punto en que abundaba tan precioso metal, otra isla, situada al Este, que designaron con el nombre de *Haití*. Preparábase Colón á hacerse á la vela hacia este punto, cuando Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta*, el más velero de los buques de la escuadra, separóse de

ésta al objeto de tomar antes que otro posesión de tan rico país. Dirigiéndose Colón hacia el Sudeste, arribó en 6 de Diciembre á Haití, una de las más bellas islas del mundo. Diósele el nombre de *Española*, y sus habitantes, que se asemejaban mucho á los de Guanahaní y Cuba por su desnudez, su ignorancia y su simplicidad, eran tan afables, tan crédulos, tan hospitalarios, y tomaron los españoles tal ascendiente sobre ellos, que Colón escribía á los Reyes: «Si VV. AA. mandasen prenderlos á todos y tenerlos prisioneros en su misma isla, nada sería más fácil que conseguirlo.» Tenían mucho oro, que recibían de sus vecinos y que entregaron á los españoles en cambio de cascabeles, abalorios, alfileres y otros objetos de ningún valor. No satisfacía esto á Colón y sus compañeros, que querían saber dónde estaban situadas las minas del precioso metal, preguntándose á todos los naturales del país con quienes pudieron tener comunicación: éstos le señalaron un país montañoso, llamado *Cibao*, algo distante y situado al Este. Creyó que el país descubierto estaba próximo á las comarcas más orientales del Asia, y que el de Cibao no era otro que el de *Cipango*, nombre dado por Marco Polo y otros viajeros á las islas del Japón.

En 24 de Diciembre dirigió Colón la proa hacia el punto indicado, y por haber dejado el piloto el gobernalle á un grumete inexperto, la *Santa María*, arrastrada por una corriente, fué á dar contra una roca y se abrió por cerca de la quilla. Gracias á la serenidad y pericia de Colón, á quien despertó el choque, al socorro que le prestaron las chalupas de la *Niña*, y á los auxilios de los naturales, se salvó no sólo la tripulación, si que también el cargamento.

Colón estaba desconsolado: de los tres buques de que se componía su pequeña flota sólo le quedaba la *Niña*, pues se recordará que Pinzón había desaparecido con la *Pinta*, creyendo que había tomado la vuelta de Europa á fin de adelantársele y atribuirse la gloria de la expedición; y aunque

tenía vivos deseos de regresar á España para anunciar su triunfo, no le era posible embarcar en una sola carabela la tripulación de dos. Pensó entonces dejar parte de su gente en la isla para que aprendiesen la lengua de sus naturales, recorriesen el país y tratasen de descubrir las minas, al propio tiempo que servirían de base á una colonia que en aquel punto proyectaba fundar, para asegurar las grandes ventajas que de su descubrimiento se prometía. Cuando propuso este plan á su tropa, fué aceptado con entusiasmo, siendo 38 los que se ofrecieron voluntariamente para quedarse en la *Española*, á cuya cabeza puño á Diego de Aranda, investido de los mismos poderes que él había recibido de los Reyes Católicos. Obtuvo también el consentimiento del cacique para dejar su gente en la isla, á pretexto de defenderle contra los ataques de los caribes ó antropófagos, y de levantar un fuerte, que se terminó en diez días, gracias al auxilio de los pobres isleños que forjaron por sí mismos el primer eslabón de la cadena que tan firmemente debía sujetar la América á la España.

Después de recomendar á su gente la mayor unión y disciplina, así como que cuidasen de evitar todo motivo de queja con los naturales del país, cultivando su amistad, sin que por eso fiaran en ellos ciegamente, y de haberles prometido volver pronto con refuerzos, abandonó Colón la naciente colonia el 4 de Enero de 1493, llevando consigo algunos naturales de las islas que había descubierto, todo el oro en ellas recogido, una pequeña cantidad de todas las producciones que podían llegar á ser materias de comercio, aves desconocidas y otras curiosidades propias para excitar la admiración de los europeos. Navegando hacia el Este, recorrió las costas del Norte de la isla, y el 6 divisó á la *Pinta*, con la que Pinzón había explorado, durante las seis semanas que había durado su desaparición, la costa septentrional de Haití, sin que hiciera descubrimiento alguno de importancia. Empezó con éste la vuelta á España, siendo feliz el viaje

hasta el 14 de Febrero, en que una deshecha tempestad los separó de nuevo. Durante los quince días que duró la tempestad, ¡cuántas y cuán mortales angustias sufrió Colón, que después de ver realizado el deseo de toda su vida y cuando traía á Europa un nuevo mundo, y con él la más elocuente refutación á los que le habían tratado de visionario, y la justificación del éxito á los que le patrocinaron, veía segura é inevitable su pérdida, sin dejar detrás de sí más que la fama de un aventurero imprudente! Para que esto no sucediese, escribió algunas abreviadas relaciones de sus descubrimientos, las metió en bolas de cera y éstas en barriles, que arrojó al mar, con la esperanza de que las olas, que tan contrarias se le habían mostrado, las llevasen á las playas de algún país civilizado.

Pero al fin cedió el viento, se calmó la mar, y pudo arribar á las Azores, donde los portugueses le acogieron de una manera vil, aprisionando la mitad de su tripulación, á causa de haber mandado el Rey de Portugal que se apoderasen de Colón donde fuese hallado, por haberle arrebatado un descubrimiento que se le ofreció y no quiso admitir, ó haberle usurpado posesiones que le habían sido concedidas por el Papa.

Sin embargo, cuando llegó á Lisboa, fué recibido con todas las demostraciones de distinción que se debían al descubridor del Nuevo Mundo.

Por último, el 15 de Marzo Colón desembarcó en Palos, en donde, al conocer el feliz éxito de la expedición, fué tan general la alegría que se echaron á volar las campanas, se hicieron salvas de artillería, se cerraron las tiendas, corriendo todos á estrechar en fuerte abrazo á los que consideraban perdidos, y á venerar como un hombre extraordinario al mismo que siete meses antes les había servido de burla.

En la tarde del mismo día llegó Pinzón, que esperaba que el Almirante hubiera muerto, pero que, al ver defrau-

dadas sus esperanzas y el triunfo de Colón, murió de pena algunos días después.

Apresuróse Colón á poner en noticia de los Reyes su llegada y sus descubrimientos: Fernando é Isabel, que estaban entonces en Barcelona, le previnieron que pasase inmediatamente á esta ciudad, pues querían oír de sus labios los pormenores de su expedición. Su viaje fué una continua ovación, un verdadero triunfo, entrando en Barcelona con gran solemnidad. Los Reyes le recibieron sentados sobre su trono y le hicieron sentar en su presencia, no como un grande hombre, sino como un grande de España.

La relación hecha por Colón y sus compañeros de los nuevos países descubiertos, á los que erróneamente se dió el nombre de *INDIAS OCCIDENTALES*, que aún conservan, y sobre todo las muestras traídas de su fertilidad y riqueza, despertaron tanto entusiasmo, infundieron tan brillantes esperanzas que, cegados los españoles, incluso el circunspecto Fernando, por la codicia y la ambición, se pensó desde luego en llevar más adelante las conquistas y descubrimientos, haciéndose los preparativos para el segundo viaje con una celeridad inusitada. Este nuevo armamento se componía de 17 naves, algunas de gran porte, en las que se embarcaron 1.500 personas, entre las que figuraban muchos hidalgos y clérigos, y los víveres, instrumentos científicos y artísticos, semillas, caballos y otros animales domésticos que se creía podrían prosperar en el clima de las Indias.

Pero el papa Martín V había concedido al Rey de Portugal todos los países que descubriesen desde el cabo Bojador y el de Non hasta las Indias, y la España, al hacer suyos los países descubiertos por Colón, violaba los derechos de Portugal, cuyo Rey envió una escuadra para ocuparlos. Antes de salir la flota necesitaban los Reyes Católicos asegurarse la propiedad y posesión de los nuevos países; por lo que, siguiendo el ejemplo de los portugueses, acudieron á Roma, desde donde el pontífice Alejandro VI concedió á España

las islas y tierra firme descubiertas ó por descubrir en el Océano occidental, invistiendo á la Corona de Castilla de un derecho sobre vastas regiones de las que ignoraba su situación y hasta su existencia. Convenía, sin embargo, respetar la concesión hecha á Portugal, y por otra bula de 4 de Mayo de 1493 el Papa supuso trazada una línea de polo á polo, á la distancia de cien leguas al Oeste de las islas Azores, concediendo á los portugueses todo lo que estaba al Este de dicha línea, y á los españoles todos los países situados al Oeste de la misma.

Dueños ya de este título, nada podía retardar la salida de la flota, que levó anclas en 25 de Septiembre. Tocó Colón en Canarias, donde los expedicionarios tomaron semillas de naranjo y de limón, bergamota y otras frutas, terneras, cabras, carneros y cerdos, que se propagaron después extraordinariamente en el nuevo continente. Dirigió el rumbo al Sur, é impelido constantemente por los vientos alisios, al vigésimosexto día de su salida de la Gomera (Canarias), tomó tierra en una de las islas del grupo de las Caribes, situadas á una gran distancia al Este de las descubiertas en su primer viaje. Descubrió sucesivamente la Dominica, Mari-Galante, Guadalupe, Monserrat Antigua, San Juan de Puerto Rico y otras muchas que encontró en su derrotero avanzando hacia el Norte, habitadas todas por los caníbales que en sus correrías llegaban hasta las Lucayas.

Sin detenerse Colón en ninguna de las nuevas islas descubiertas, continuó su marcha hacia la Española, á cuya colonia llegó el 22 de Noviembre. Nadie vino á su encuentro, y al desembarcar, inquieto por la suerte que habría cabido á los españoles, encontró el fuerte enteramente demolido y la guarnición exterminada. Olvidando las sabias y prudentes instrucciones del Almirante, los españoles que allí quedaron abusaron de la hospitalidad de los caciques, apoderándose violentamente de su oro, sus mujeres y sus provisiones; las víctimas habían atacado á sus opresores,

diseminados en pequeños pelotones por toda la isla, y el número había vencido á las armas de fuego. Colón se alejó de esta playa manchada de sangre, y en vez de dedicarse á vengar esta injuria, cual le aconsejaban sus oficiales, adoptó las precauciones necesarias para evitar se reprodujese en lo futuro, trazando al efecto, en un llano próximo á una ancha bahía, el plano de una población, que levantó en poco tiempo, obligando á trabajar en ella á todos los españoles, y á la que dió el nombre de *Isabela*, en honor de su protectora la Reina de Castilla. Fué la primera que los europeos fundaron en el Nuevo Mundo.

Mientras Colón luchaba contra las dificultades que origina siempre el establecimiento de una colonia en un país inculto, sus gentes, que habían concebido la quimérica esperanza de que bastaba llegar á las Indias para recoger en abundancia y sin fatiga el oro que codiciaban, cayeron en el más profundo abatimiento, que muy luego se convirtió en desesperación. Generalizóse el descontento, cundió el espíritu de indisciplina y se llegó á tramar una conspiración, que pudo ser fatal al Almirante y á la colonia. Descubierta por Colón, la reprimió con energía, condenando á muerte á sus jefes y mandando presos á España á sus cómplices, al mismo tiempo que enviaba 12 de las naves de transporte que le habían acompañado con las muestras del oro extraído de las minas de Cibao, en donde abundaba, y pedía un refuerzo de hombres y provisiones.

Los descontentos, los envidiosos, á la cabeza de los cuales figuraba el padre Boyle, primer misionero, y Pedro Margarite, regresaron á España calumniando al Almirante, á quien acusaron de ambición y crueldad. Nombrado por los Reyes para dirigir los descubrimientos Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, y después patriarca de las Indias, tomó pretexto de las hablillas del padre Boyle para entorpecer las empresas de Colón é imputarle gravísimas culpas; entonces, aprovechando la ocasión para cercenarle

las amplias concesiones que se le habían otorgado en el tratado de Santa Fe, se autorizó por los Reyes á todos sus súbditos para establecerse en la Española y para que emprendiesen nuevos descubrimientos (10 de Abril de 1495).

Durante este tiempo Colón fortificó á Isabela, dejó el gobierno de la isla á su hermano Bartolomé, auxiliado por un consejo de oficiales, y se hizo á la vela, sin que durante los cinco meses que duró su viaje hiciese más descubrimiento importante que el de la Jamaica.

Costeando el Sur de Cuba, se halló metido en un laberinto formado por un infinito número de pequeñas islas, á las que dió el nombre de Jardín de la Reina, á causa de la riqueza y de los perfumes de su vegetación.

Cuando Colón volvió á Isabela (1498) encontró á los indios exacerbados contra los que en un principio habían acogido y venerado como á hijos del Sol. Y no les faltaba motivo para ello; después de la partida del Almirante, los soldados que había dejado á las órdenes de Alonso de Ojeda, sacudiendo el yugo de la disciplina y de la subordinación, se desbandaron por toda la isla é indignaron á los indios, á quienes trataban con la mayor insolencia y con todos los excesos de la tiranía militar.

El caribe *Caonabo*, cacique poderoso é influyente entre los de la isla, presintiendo los males que á ésta habían de sobrevenir por la ocupación extranjera, se opuso á ella con todas sus fuerzas, y estrechó la alianza de los caciques. Comprendió Colón que era de todo punto indispensable recurrir á las armas contra los indios para asegurar el ascendiente y dominación de los españoles, y se apresuró en reunir á sus tropas y atacar á los indios, que fueron fácilmente vencidos, haciendo prisionero al mismo *Caonabo*, al temido cacique de la casa de oro, que, indómito hasta en la prisión, murió al ser conducido á España con otros muchos habitantes de la isla, destinados á ser vendidos como esclavos.

En esta guerra fueron temibles auxiliares de los españo-

les los perros, que, enseñados á acometer en España á los moros, se ensañaron cruelmente contra los indios, gente desnuda y tímida.

Algunos meses bastaron á Colón para recorrer toda la isla, someterla sin resistencia é imponer un tributo á los indios mayores de catorce años, que debían satisfacer en oro unos y en algodón otros, según se producía éste ó aquél en los distritos que habitaban. Este pesado tributo se exigía con tan excesivo rigor, que los defensores de Colón, para excusar su inhumano proceder, dicen que él se vió obligado á adoptarlo como único medio de sostener su crédito é imponer silencio á sus contrarios, satisfaciendo la avaricia de los Reyes y comprometiéndoles á continuar los descubrimientos. ¡Pobres é inmorales excusas que nunca han sido estimadas como bastantes á justificar tan grande iniquidad!

Los enemigos de Colón, con una constancia digna de mejor causa, trabajaban en España para arrebatarle la gloria y las recompensas á que se había hecho acreedor por sus servicios, consiguiendo al fin que por la Corte se nombrase un comisario que fuese á la Española á informarse de las acusaciones de que era objeto su conducta. Para tan importante cargo se nombró á Juan Aguado, ayuda de cámara del Rey, el cual abusó de sus poderes, gozándose en atormentar á un grande hombre, agravando los males que aquejaban á Colón. Éste, enfermo y melancólico, conociendo lo crítico de su situación, juzgó necesario volver á España para justificarse personalmente ante los Reyes. Partió, pues, el 10 de Marzo de 1496, después de entregar la administración de la colonia á su hermano Bartolomé, y de nombrar presidente del Tribunal de Justicia á Francisco Roldán; y cuando llegó á España se presentó en Burgos á la Reina, triste, cabizbajo, y como un suplicante de genio que iba á pedir perdón de su gloria, según la feliz expresión de Lamartine. Su presencia produjo en el ánimo de la Reina una tierna compa-